

## Fresita y la felicidad

Fresita estaba llorando y desesperada, sentada sobre un tronco cortado frente a su casita en el bosque. Hoy parecía ser otro de esos días en los que todo, absolutamente todo, salía mal. Hacía un momento, había tropezado con una raíz mientras llevaba su pequeña canasta llena de deliciosas bayas maduras y todas aquellas maravillosas bayas se habían esparcido por el suelo del bosque. Su amigo Topo había pasado por allí y le había dicho que hoy su pierna le dolía un poco y que, por lo tanto, no podría realizar la caminata, que habían planeado desde hacía tanto tiempo, hasta el pequeño lago al borde del bosque. Para colmo, empezó a llover y todo indicaba que el picnic del mediodía en el claro del bosque, con su amiga Elmira, tampoco podría realizarse. Y eso que Fresita estaba tan ilusionada por pasar ese rato con su querida amiga y con la idea de sorprenderla con su canastita de bayas maduras. A Elmira le encantaban, especialmente las fresas.

Todavía sollozando y de mal humor, Fresita se refugió bajo el techo de su casita, donde al menos estaba protegida de la lluvia y se quedó observando cómo esta caía como un velo mientras, poco a poco, surgían remolinos de niebla del húmedo suelo del bosque.

La vista de la lluvia cayendo pacíficamente logró calmarla de alguna manera y sus sollozos fueron cediendo hasta que, finalmente, se apagaron por completo. ¿Por qué todo en este mundo tenía que ser siempre tan complicado?, se preguntó Fresita. Hacía mucho tiempo, había llegado con sus padres a este extraño planeta y aún recordaba bien que, en el lugar del que venía, todo era más luminoso y liviano, de alguna manera más despreocupado. ¿Por qué sería así? ¿Sería posible alcanzar ese estado despreocupado también aquí? Fresita observaba la lluvia mientras reflexionaba.

¿Qué tenía de realmente terrible haber derramado su canastita de bayas? Bueno, Elmira ya no podría disfrutar de las bayas, pero sin duda se alegraría igualmente de verla, pues era su amiga más querida. Y además, aún era temprano en la mañana; quizás el picnic no estaba perdido del todo. Y si la lluvia continuara, siempre podrían sentarse bajo el techo y charlar mientras la lluvia siguiera cayendo. Además, ahora podría observar cómo las hormigas que vivían cerca de su casita disfrutaban de aquel regalo inesperado y, pese a la lluvia, se apresuraban a llevar a su hormiguero las bayas derramadas en el suelo del bosque. Ver cómo había alegrado a las hormigas, aunque sin querer, hizo que su ánimo se aligerara un poco. ¿Y la tan esperada excursión con Topo? Sin duda, podrían retomarla en otra ocasión. De hecho, pensó Fresita, ¿podría invitar a Topo a una tarde acogedora bajo el techo! Y tal vez, sí, tal vez, también podría invitar a Tía Avispa y a su amiga Gorrión. De repente, se le ocurrieron otros amigos que tal vez estarían encantados de unirse a una tarde agradable en su casa.

Rápidamente llamó al pequeño Zorro, que siempre estaba dispuesto a hacer recados para ella, y le entregó una lista con los que debían de ser invitados. Apenas recibió la lista, Zorro salió corriendo. No le importaba la lluvia, al contrario, en estos calurosos días de principios de verano, la sentía como una refrescante bendición. Pronto regresó con la noticia de que todos estaban encantados con la invitación. A la hora acordada, llegaron todos a la casa de Fresita, allí charlaron y disfrutaron de estar juntos después de tanto tiempo. Sus risas y conversaciones se fueron haciendo cada vez más animadas, hasta que toda la casita se llenó de su alegría.

Cuando la tarde llegó a su fin, todos coincidieron: hacía mucho que no disfrutaban de una tarde lluviosa tan agradable con buena compañía. Se despidieron con cariño, agradeciendo a Fresita por haber tenido la idea de ese encuentro y decidieron repetirlo pronto. Justo cuando se marchaban, el sol comenzó a asomarse de nuevo entre las nubes.

Elmira se quedó aquella noche con Fresita y, ya acostadas en sus camitas, Fresita le dijo a su amiga:

—Qué suerte que esta mañana tropecé con la raíz y derramé mis bayas.

—Sí —respondió Elmira—, qué suerte que también empezó a llover y no pudiste hacer la excursión, así acabamos haciendo el picnic bajo el techo de tu casa.

—Qué suerte que, gracias a todo eso, pudimos pasar una tarde tan bonita con nuestros amigos —respondió Fresita antes de quedarse dormida felizmente.